

2

Hacerse cargo

La parábola del buen samaritano
(Lc 10,25-37)

Se es «prójimo» porque se pertenece al género humano, que remite a un postulado de igualdad sustancial: «Todos los hombres son iguales». Este principio, como todas las ideas claras y sencillas, no se impone fácilmente; es más, parece que al hombre le gusta en muchas ocasiones buscar las sutilezas para sentirse libre del compromiso concreto. Con la presente parábola Jesús ofrece en una feliz combinación ideas y acciones, teoría y praxis, para mostrar cómo se convierte uno en «prójimo». Recuerda la necesidad de «hacerse cargo» del otro, concepto antiguo, pero no idéntico al de «ocuparse»: el segundo es una profesión, obligación de especialistas, el primero es una actitud interior, con solapa exterior, que debe interesar a todos indistintamente.

EL TEXTO

²⁵Se levantó entonces un doctor de la ley y le dijo para tentarlo: «Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?». ²⁶Jesús le respondió: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». ²⁷Él le contestó: «*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo*». ²⁸Jesús le dijo: «Has respondido muy bien; haz eso y vivirás». ²⁹Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Quién es mi prójimo?».

³⁰Jesús respondió: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó entre ladrones, que le robaron todo lo que llevaba, le hirieron gravemente y se fueron dejándolo medio muerto. ³¹Un sacerdote bajaba por aquel camino; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. ³²Igualmente un levita, que pasaba por allí, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. ³³Pero llegó un samaritano, que iba de viaje, y, al verlo, se compadeció de él; ³⁴se acercó, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino; lo montó en su cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. ³⁵Al día siguiente sacó unos dineros y se los dio al posadero, diciendo: Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta. ³⁶¿Quién de los tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?». ³⁷Y él contestó: «El que se compadeció de él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».

Contexto y dinámica del pasaje

Nuestro pasaje se inserta en el contexto del gran viaje que comenzó en 9,51, una amplia sección en la que Lucas coloca mucho material que le es propio, como esta parábola. Va tan unida a lo anterior que parece su consecuencia lógica. Se le pide a Jesús que indique el camino que lleva a la vida eterna. Jesús no se niega a dar explicaciones y señala el camino habitual, el que todos conocen y pueden recorrer, el indicado por la ley. No se deben buscar por consiguiente atajos ni otros caminos. Es el mismo teólogo que había planteado a Jesús la pregunta que cita los pasajes de la ley donde se habla del amor a Dios y al prójimo.

Jesús aprueba la respuesta, a la que imprime un vistoso carácter operativo: «Has respondido muy bien; haz eso y vivirás» (v. 28). La pregunta inicial versaba sobre el *hacer* («¿Qué debo hacer para [...]?») y en consecuencia la respuesta indica cómo actuar.

El teólogo procura parar el golpe y apartarse del compromiso concreto, y prefiere entrar en disquisiciones con otra pregunta: «¿Y quién es mi prójimo?». Jesús responde proponiendo la parábola del buen samaritano y llegando a la misma conclusión: «Anda y *haz tú lo mismo*» (v. 37). La vida de fe se juega en el terreno de lo concreto de la existencia cotidiana.

Para que el lector no se haga la ilusión de que la vida cristiana es solamente un hacer y un hacer

cualquiera, el evangelista ha puesto sabiamente a continuación el pasaje de Marta y María (10,38-42), donde se favorece la escucha sobre la acción. Por tanto, parece sugerir Lucas con esta disposición, se debe distinguir entre hacer y hacer. Hay un hacer obligatorio e inaplazable, como el del buen samaritano, y hay un hacer que, al no ser urgente, puede ser aplazado para ceder el sitio a la escucha de la palabra de Dios. Esta última merece la prioridad ante cualquier actividad y solamente después de prestarle atención a Él, para que nos llene de su amor, se podrá poner manos a la obra, vertiendo en los demás ese amor que se ha recibido previamente como don. Sólo así el amor a Dios y el amor al prójimo se integran y llevan a perfección la vida del creyente.

Esquemáticamente (relación teoría-praxis):

Pregunta teórica del teólogo: v. 29

Parábola: vv. 30-35

Situación concreta del infortunado: v. 30

Reacción teórica del sacerdote y del levita:
vv. 31-32

60

Reacción práctica del samaritano: vv. 33-35

Pregunta de Jesús sobre la *praxis*: v. 36

Respuesta sobre la praxis del teólogo: v. 37a

Conclusión práctica de Jesús: v. 37b

COMENTARIO BREVE

La parábola que Jesús narra arranca de la pregunta del teólogo: «¿Quién es mi prójimo?», pregunta claramente capciosa, destinada a sorprender a Jesús en falta. El término «prójimo» deriva de la forma superlativa del latín *prope*, es decir, el «cercanísimo», el que se hace signo de atención, de estima, de cuidado, en el fondo, de amor.

El mundo judío no era uniforme en cuanto al concepto de prójimo. Ciertamente formaba parte del concepto todo israelita y luego el forastero que había fijado su residencia en Israel, como ordena Lev 19,34: «[Un extranjero] será para vosotros como un compatriota más, y lo amarás como a ti mismo, pues también vosotros fuisteis extranjeros en Egipto: yo, el Señor, vuestro Dios». ¿Y el forastero que está de paso? En este punto las escuelas rabínicas se dividían: algunas eran favorables a reconocerlo como prójimo y otras no. Todas coincidían en excluir del concepto de prójimo al enemigo. Como para los judíos los peores enemigos eran los que atentaban contra la integridad y la pureza de su fe, los heréticos samaritanos quedaban seguramente excluidos del concepto de prójimo. Un judío no habría saludado jamás, y mucho menos prestado cualquier forma de ayuda a un samaritano.

1. Orígenes de los samaritanos

Los samaritanos son propiamente los habitantes de Samaría, nombre que designa tanto la región central de Palestina como la capital de esta región. Su notoriedad evangélica no va unida a motivos geográficos, sino religiosos. Brevemente, esta es su historia.

En el 721 a.C. el rey asirio Sargón II pone fin al reino del norte y destruye su capital, Samaría. Según las costumbres militares de la época, parte de la población local es deportada, y se importa a algunos extranjeros. A partir de este momento, el grupo local, compuesto originariamente solamente por judíos, termina mezclándose con los recién llegados, que introducen usos y costumbres distintas, sobre todo favorecen el culto de divinidades extranjeras. La población resultante es híbrida desde el punto de vista étnico, cultural y religioso. Los judíos presentes son considerados heréticos por los demás judíos y se les llama simplemente «samaritanos» sin más especificación.

62

La situación se agrava cuando los samaritanos ven rechazada su oferta de colaboración con los judíos que han vuelto de Babilonia y que están empeñados en la construcción del templo y de los muros de Jerusalén. Después de este rechazo, hacia el 330 a.C., construyen en el monte Garizín un templo que rivaliza con el de Jerusalén. Destruído en el 128 a.C. por Herodes Hircano, el templo fue reconstruido enseguida para seguir rivalizan-

do con el de la ciudad santa. Los samaritanos reivindicaban ser los verdaderos adoradores de Dios y tenían su libro sagrado, parecido a nuestro Pentateuco, el llamado Pentateuco samaritano, que todavía hoy enseñan con orgullo en una sinagoga de Nablus. En nuestros días sobrevive aún una pequeña comunidad de samaritanos que cuenta con unos quinientos miembros.

En tiempos de Jesús las relaciones con los samaritanos eran muy tensas, como las de dos due-listas en el encuentro decisivo, sobre todo después de que algunos de ellos hubieran quemado huesos en la explanada del templo de Jerusalén, con la clara intención de profanar el lugar sagrado. El odio era por tanto visceral y se evitaban al máximo los contactos. El camino que llevaba desde el sur a la parte septentrional del país pasaba a la fuerza por la región central, Samaría; se prefería no obstante prolongar el camino tomando la ruta del otro lado del Jordán antes que entrar en contacto con los samaritanos. El propio nombre de samaritano era en boca de un judío una grave ofensa que no se le ahorró ni siquiera a Jesús, que un día oyó decir: «Con razón decimos que eres samaritano y que estás endemoniado» (Jn 8,48).

Con estas premisas poco halagüeñas se comprende el valor de Jesús al presentar la parábola del samaritano que socorre y se convierte en ejemplo para un judío. ¡Una clara provocación!

2. La parábola

Jesús narra una parábola, un episodio inventado para comunicar una enseñanza. Aunque ficticia, la parábola está ambientada con realismo en la zona del desierto de Judá, en el tramo que va de Jerusalén (750 m) a Jericó (-300 m). En recorrer estos treinta kilómetros se tardaba 5 ó 6 horas a través de una zona inhóspita, rica sólo en quebradas y lugares escarpados: un sitio ideal para bandidos, perseguidos políticos y todos los que tenían cuentas pendientes con la justicia. El color rojizo del terreno y todavía más, la abundante sangre vertida de los viajeros asaltados y maltratados han contribuido a conservar hasta nuestros días el nombre de «Maalé adumin» (cuesta de la sangre) de un asentamiento judío de reciente construcción. Jesús, al proponer la parábola a sus oyentes, les recuerda un lugar tristemente famoso y les permite ambientarse fácilmente en el relato. El oyente, familiar con el contexto geográfico, tiene una disposición óptima para seguir su desarrollo.

64

El dato de partida es la situación de necesidad en que se encuentra el desgraciado que, asaltado y robado, se encuentra «medio muerto» en el camino. Las personas que pasan por ese camino son tres, en realidad se podrían reducir a dos personajes, porque el sacerdote y el levita aparecen reproducidos como una fotocopia.

El sacerdote vuelve seguramente a casa des-

pués del servicio en el templo, pues Jericó era una ciudad con muchos sacerdotes. La vista del desgraciado no lo lleva a intervenir y continúa, colocándose directamente «al otro lado» del camino. El levita, miembro de una categoría muy parecida a la sacerdotal, con obligaciones de custodia y de protección del templo, se comporta de igual manera. Los dos lo ven y pasan de largo. ¿Por qué este absurdo comportamiento? Se ha querido justificar parcialmente a los dos recordando su mentalidad y formación religiosa: para no contaminarse era importante evitar escrupulosamente todo contacto con los cadáveres, según la prescripción de Lev 21,1: «Ningún sacerdote contraiga impureza por el cadáver de un pariente, a no ser por un pariente cercano». La situación del hombre «medio muerto» podía ser fácilmente asimilable a la de un cadáver.

Aceptando incluso como posible esta interpretación, la sustancia no cambia. En la representación del sacerdote y del levita, Jesús polemiza con el ritualismo judío, tan escrupulosamente atento a la formalidad como conscientemente lejano de un verdadero amor. Aun admitiendo una «impureza», según la manera de pensar judía, se sabe que una serie de abluciones devolvían a la persona la idoneidad para la oración y el encuentro con Dios. Es censurable la conciencia profesional que ha ahogado en ellos los sentimientos humanitarios: los dos prefieren conservarse intactos ante Dios antes que ayudar a un desgraciado. Pro-

yectados hacia el futuro, olvidan el presente. Se registra aquí el absurdo al que lleva una religión sin alma, que ya no es religión, sino fanatismo, superstición, prejuicio, alienación. La teoría ha vencido a la praxis.

Pasa por el mismo camino un samaritano. El espectáculo no le deja insensible. Con toda probabilidad el desgraciado que yace en tierra es un judío, un rival, por tanto, pero ello no le impide intervenir en su ayuda, movido por la necesidad del momento. También él «ve» y de este ver nace un «se compadeció», sentimiento que pone en movimiento toda una serie de intervenciones operativas. Antes de hablar de ello, es necesario enfocar la causa que las ha engendrado. La compasión se confía a ese jugoso verbo griego, *splangnízomai*, presente también en la intervención del padre en la parábola del Padre bueno (cf Lc 15,20). El término denota una íntima participación en el hecho, una compasión que no nace de la conmiseración, de una instintiva solidaridad con los desventurados, sino que proviene de la raíz más pura del amor, de la fuente misma de la vida. Se recuerda directamente la ternura materna. Todavía más evocador es este término, si tenemos presente que en la mencionada parábola se había atribuido al padre, clara representación de Dios mismo. Aquí ya se reconoce el salto cualitativo del samaritano al que se atribuyen nada menos que sentimientos divinos.

Tan potente y tan verdadera es esta nueva pa-

sión que nace en él al ver al desventurado, que tampoco piensa en dejar lugar a posibles resentimientos o a antiguos odios: no se detiene a considerar que es un odiado judío e interviene porque hay una necesidad urgente; tampoco le detienen el pensamiento del viaje emprendido ni los posibles compromisos o citas que lo podrían solicitar. El momento presente, lleno de sufrimiento para el pobre desgraciado, ocupa totalmente el horizonte de su interés. Todo lo demás pasa a segundo plano: si hay un rencor, se olvida; si hay un compromiso, se aplaza.

La expresión «se compadeció», que podría recordar sólo un vago sentimiento, produce en realidad una serie de acciones muy concretas. Por eso aparece acompañada e ilustrada por el «se acercó», premisa de las siguientes intervenciones operativas. Aquí se comprende bien el concepto de «prójimo»: el que superando posibles y a veces incluso razonables obstáculos está dispuesto a ofrecer generosa colaboración. Por tanto *se llega a ser prójimo*: el prójimo no es necesariamente el que ya tiene relaciones de parentesco, de raza, de negocios con otro. Se convierte en prójimo en el momento en que, ante un hombre –incluso ante un forastero o un enemigo– se decide a dar ese paso que acerca. Acercarse es ya hacerse prójimo, prestar atención y disponibilidad al otro, precisamente como el samaritano que se modifica a sí mismo y sus proyectos en función del otro: en primer lugar, la persona, luego los programas y las ideologías.

El samaritano pone en práctica una serie de intervenciones. El narrador se retarda hasta en el detalle, como para recordar que el verdadero amor apela a la inteligencia, a la voluntad, al sentido común, a la fantasía, al ingenio, en suma, a todos los recursos de la persona. Esto para combatir otra vez más la simplista equivalencia de amor y sentimiento, una identificación muchas veces anunciada y, asimismo, muchas veces falsa. El verdadero amor es una realidad total, capaz de alcanzar a toda la riqueza de la persona. El nuestro comienza cuando se hace enfermero e interviene lo mejor que puede, con los medios a su alcance: vino y aceite. Luego, utilizando su cabalgadura como ambulancia, lleva al pobrecillo a unas «urgencias» improvisadas. Se interesa y se interesará por él. Se interesa pagando dos denarios –el equivalente a dos jornales– cuyo valor aumenta si se piensa que no todos los días se podía encontrar trabajo y ganar dinero. Se queda un poco con el desgraciado, tal vez lo necesario hasta ver que la situación va mejorando y solamente «al día siguiente» continúa su viaje, prometiendo pagar más a su regreso, si fuera necesario. Al interés presente corresponde el interés futuro, creando una continuidad que lo libera de la extemporaneidad y de la instintividad.

No se ha tratado por tanto de una ayuda esporádica, momentánea, apresurada, de una ayuda porque no se podía pasar sin prestarla. La ayuda contiene todas las características del amor: cer-

canía, aproximación al otro, hacerse cargo de sus problemas, pagar en persona tanto el dinero como el tiempo, interés presente y futuro. Y hay que señalar que todo esto sin registrar una sola palabra. Cuántas veces, sin embargo, se habla mucho, se proyectan planes faraónicos, proyectos de varios años, discusiones y sesiones interminables... para muchas veces no llegar a nada concreto. Aquí no se registran las palabras, se cuentan sólo los hechos que tienen la elocuencia de lo concreto.

3. La pregunta final

Al final de su relato, Jesús plantea la pregunta al teólogo. Ahora es él el que pregunta. Jesús plantea el eje de la discusión y no responde a la pregunta teórica, abstracta, del teólogo sobre: «¿Quién es mi prójimo?», prefiere demostrar con un ejemplo *cómo convertirse en prójimo*, qué se debe hacer para llegar a ser prójimo, cómo hay que acercarse al otro, con los sentimientos y también con los hechos concretos. El planteamiento consiste en eso: no los demás hacia ti, sino tú hacia ellos. El punto relevante de la parábola está en el concepto de que si uno ama de verdad, sabe encontrar por sí solo a su prójimo, el que lo necesita. La necesidad es título suficiente para que se deba intervenir, como se puede con los medios a disposición, sin vacilaciones, lamentos, prórrogas o preguntando a los demás.

No sólo el doctor de la ley ha aprendido quién es el prójimo. También el lector, el cristiano de toda época, no podrá eximirse de sus compromisos o sustraerse a las responsabilidades ocultándose tras una justificación hipócrita, como «no lo sabía» o «les corresponde a los demás». El que ha oído la palabra debe pasar a la acción. Sobre la necesidad de la praxis Jesús ya se había manifestado: «¿Por qué me llamáis ¡Señor! ¡Señor!, y no hacéis lo que os digo?» (Lc 6,46). Sólo el que escucha y pone en práctica es como el hombre sabio que construye su casa sobre la roca, seguro de que nada conseguirá derribarla.

70

La parábola se cierra con un juicio severo, un duro golpe a la presunción farisaica. Decir a un doctor de la ley y, por medio de él, a todo el grupo de los fariseos: «Anda y haz tú lo mismo», es decir, «obra bien, como el samaritano», equivale a una declaración de guerra. ¿Cómo es posible que un experto en la ley divina aprenda de un herético? Con la elección del personaje samaritano Jesús incluye la lección de que todos son maestros potenciales con algo que enseñar, como también todos son discípulos potenciales con algo que aprender. Las divisiones fáciles, las discriminaciones entre buenos y malos, son artificios humanos que no corresponden a la verdad. Jesús rehabilita y promueve la poco envidiable categoría de los samaritanos, que tiene en el personaje de la parábola a su prototipo más ilustre.